

**RESISTENCIA Y ESPERANZA CRISTIANAS
EN UN MUNDO INJUSTO
INTRODUCCIÓN AL APOCALIPSIS**

Xavier Alegre, s.j.

Para poder seguir bien este Cuaderno y sacar de él el máximo provecho, recomendamos tener el libro del Apocalipsis bien cerca mientras se lea, ya que por razones de espacio no hemos podido incorporar todas las citas. Cada vez que haya una citación donde no se especifique el libro, ésta pertenece al Apocalipsis. En caso contrario encontraremos la abreviatura que corresponda.

¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz,
vas a estar sin hacer justicia
y sin tomar venganza por nuestra sangre
de los habitantes de la tierra? (Ap 6,10)

Xavier Alegre, s.j. es profesor de Nuevo Testamento en la *Facultat de Teologia de Catalunya* y en la UCA de San Salvador. Miembro de *Cristianisme i Justícia*.

INTERNET: www.fespinal.com • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • Depósito legal: B-7490-07 • ISBN: 84-9730-233-8 • Depósito legal: B-43.999-09. Enero 2010.

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

1. ALGUNAS CLAVES DE LECTURA	5
1.1. Lenguaje profético y apocalíptico	5
1.2. Importancia del Antiguo Testamento	7
1.3. El contexto socio-histórico	8
1.4. El lenguaje simbólico	8
1.5. Centralidad del Evangelio	14
1.6. La estructura del Apocalipsis	15
2. UNA BUENA NUEVA ETERNA	17
2.1. El primer septenario: las siete cartas (1,9 - 4,11)	17
2.2. El segundo septenario: los siete sellos (5,1 - 8,1)	18
2.3. El tercer septenario: las siete trompetas (8,2 - 14,5)	19
2.4. El cuarto septenario: las siete copas (14,6 - 19,8)	23
2.5. El quinto septenario: las visiones finales (19,9 - 22,5)	24
2.6. Conclusión	26
3. UN MENSAJE DE ACTUALIDAD	27
NOTAS	29

1. ALGUNAS CLAVES DE LECTURA

El Apocalipsis (Ap) es un libro que goza de mala fama. Inspira miedo a muchas personas que creen que habla del fin del mundo y de las amenazas que están a punto de caer sobre nosotros, porque ya nos acercamos al final de la historia. Afirmaciones como «el Tiempo está cerca» (1,3) corroboran esta sensación. Sin embargo, no puede leerse el libro al margen del contexto histórico-social que presupone este tipo de literatura. Una literatura que florece en épocas de crisis y que recibe el nombre de apocalíptica.

1.1. Lenguaje profético y apocalíptico

De hecho, del fin del mundo sólo se habla en las dos últimas visiones de las siete que cierran el libro. En ellas se habla del *juicio final* en el que quedará patente el sentido de la historia, cuando Dios revele su juicio sobre el mundo y destruya definitivamente el Mal (20,11-15). Y de la *nueva creación* en la que Dios reinará plenamente: ya no habrá ni llanto, ni luto, ni dolor, porque Dios lo hará todo nuevo y la muerte quedará vencida definitivamente (21,1-22,5; ver 1Co 15,20-28).

En el resto del libro, en cambio, se habla del aquí y ahora que están viviendo las iglesias cristianas a las que Juan dirige su escrito profético (1,3; 22,7.10.

18.19). En este sentido el autor no quiere revelar cómo será el fin del mundo, sino mostrar cómo hay que interpretar los signos de los tiempos a fin de poder discernir cómo debe actuar el pueblo de Dios (sus iglesias), si quiere ser fiel a su vocación.

El futuro en los profetas sólo se anticipa para advertir, desde su experiencia creyente y de una profunda relectura del Antiguo Testamento (AT), de aquellos males que caerán irremediablemente sobre aquellos que no escuchen ni se conviertan. Una muestra típica de lo que acabo de decir la encontramos en el profeta Jonás. Los males que el profeta anuncia (*¡dentro de 40 días Nínive será destruida!*), no llegan a cumplirse, simplemente, porque el rey y el pueblo se

convierten. En cambio, al no escuchar el faraón a Moisés, en el pecado lleva la penitencia en forma de plagas (Ex 7-10). Y esto, deduce Juan desde su visión bíblica de la historia, es lo que le ocurrirá al Imperio Romano que persigue a la Iglesia y del cual presupone que no se querrá convertir. Por eso anuncia que acabará siendo destruido (9,20; 16,11; 17; 18), y acertó en la predicción. Un ecologista, que nos advierte sobre los males que caerán en el futuro sobre la humanidad, si no cambiamos nuestro estilo de vida, estaría en la misma línea de pensamiento.

Las imágenes que, leídas al pie de la letra, podrían dar la impresión de que se está describiendo lo que ocurrirá al fin del mundo, son imágenes tomadas de los profetas que anticipan, simbólicamente, el cambio radical que implica la presencia de Dios, cuando éste irrumpe en el mundo para inaugurar su etapa decisiva. En el cristianismo, esto ocurrió ya con la resurrección de Jesús, que inaugura el tiempo decisivo de la salvación. Pedro interpreta la venida del Espíritu sobre los discípulos de Jesús el día de Pentecostés como este cambio radical, y lo describe con unas imágenes que parecen típicas del fin del mundo:

Sucedirá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra. El

sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que llegue el Día grande del Señor. Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará (Hch 2,17-21; cita Jl 3,1-5).

Obviamente, lo que ocurrió el día de Pentecostés no fueron prodigios como los indicados en esta cita. Lo que hace Lucas es tomar el lenguaje simbólico de Joel para indicar la dimensión definitiva, apocalíptica, del nacimiento de la Iglesia. Para un apocalíptico, como este mundo es limitado, las imágenes simbólicas que hablan de la destrucción del mundo, sólo son eso, imágenes, que quieren expresar que todas las desgracias que ahora está padeciendo la humanidad no son sino los dolores de parto del mundo nuevo que, al fin de la historia, serán una realidad consoladora:

Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os alarméis; porque eso es necesario que suceda, pero no es todavía el fin. Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos lugares, habrá hambre: esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento [del mundo nuevo] (Mc 13,7-8).

Para la literatura cristiana, una persona que esté realmente inspirada por Dios no puede calcular exactamente cómo serán los acontecimientos futuros que precederán al fin del mundo, ni el tiempo exacto en que sucederá este final. Eso es algo que Dios no quiere revelar a nadie (Mc 13,32). Como tampoco quiso revelarlo el Resucitado a sus Apóstoles (Hch 1,6-8). Más aún, según

Jesús, si alguien afirma que sabe cuándo será el final, y lo anuncia como ya presente, es que es un falso profeta:

Mirad, no os dejéis engañar, Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: 'Yo soy' y 'el tiempo está cerca'. No les sigáis. (Lc 21,8).

Es verdad que en el Ap aparecen fechas concretas que pueden dar la impresión de que el autor sabe cuánto van a durar las cosas que anuncia. Pero los números en el Apocalipsis (como en la literatura apocalíptica) siempre tienen una dimensión simbólica.

Al desconocimiento del contenido del libro se suma el que contiene un sinfín de símbolos abigarrados que lo convierten, conscientemente, en una especie de mensaje cifrado. Unos símbolos que resultan difíciles de comprender para los lectores contemporáneos, que no están familiarizados con el AT. Por ello, el Ap es un libro que no suele ser leído, ni tampoco predicado en las celebraciones litúrgicas de las grandes iglesias cristianas. En cambio, sí suele ser manipulado por grupúsculos que aprovechan la ignorancia bíblica de sus oyentes para asustarlos y engañarlos con sus interpretaciones peregrinas e ingenuas.

1.2. Importancia del Antiguo Testamento

Las referencias constantes al Antiguo Testamento posibilitan transmitir un mensaje teológico en una situación de persecución, ya que el imperio desconoce este lenguaje.

Son sobre todo tres, los libros empleados:

- 1) Éxodo: en él se habla del imperio egipcio que oprimía al pueblo de Israel y de cómo Dios interviene para liberarlo.
- 2) Ezequiel, el profeta que acompañó al pueblo de Israel al exilio en Babilonia: anuncia la caída de Babilonia y el retorno de Israel a la tierra prometida.
- 3) Daniel: que anuncia la caída del imperio seléucida que oprime a Israel.

En esos tres libros aparece una idea fundamental: el Dios en el que Israel y la Iglesia creen es un Dios fiel a las promesas hechas cuando estableció la Alianza, primero con Israel (Ex 19-24) y, luego, con la Iglesia (1Co 11,23-27; Ap 1,6). Y es un Dios liberador, pues a la larga no permite que un imperio injusto (y todo imperio lo es y no quiere verlo) triunfe sobre los pobres y los oprimidos.

Todo imperio acaba siendo destruido porque no atiende al significado y consecuencias de las plagas que comporta su actuación injusta al servicio de los ídolos del dinero y del poder. Las plagas que sufre, también las actuales, son la consecuencia de los atentados ecológicos, la ambición del poder y del dinero, que ha llevado a guerras como la de Irak o a las masacres en África, a la violencia de género, al hambre de más de mil millones de personas en el mundo, etc. Todas estas plagas quieren ser, en principio, una llamada a la conversión (9,20s; 16,9.11.21), pero no suelen surtir efecto.

1.3. El contexto socio-histórico

La primera clave para comprender un libro apocalíptico es conocer el contexto socio-histórico en el que nace y florece. La situación que vive el pueblo de Dios (Israel primero y, luego, la Iglesia) es una situación de persecución. Se debe a que el imperio de turno ha tomado conciencia de que la religión judía y la cristiana, bien entendidas, resultan peligrosas por su opción por la justicia y su defensa del pobre y oprimido. Por eso, por primera vez en la historia del pueblo de Israel, éste no sólo es oprimido por razones políticas o económicas, sino que es perseguido por razones específicamente religiosas. Y lo mismo ocurre con las iglesias cristianas, cuando son fieles al proyecto liberador de Jesús (Mc 13,9-13).

La toma de conciencia de la peligrosidad de la religión bíblica ocurrió, por primera vez, con el imperio seléucida, cuyo centro estaba en Siria y era heredero del de Alejandro Magno. El rey Antíoco Epifanes (hacia el 170 a.C.) persiguió a los judíos simplemente por el hecho de intentar vivir con coherencia su fe judía. Con ello, provocó tres tipos de reacciones entre los judíos:

- 1) Los que estuvieron dispuestos a colaborar con los dominadores para así sacar algún provecho de ello. Es lo que ocurre siempre en cualquier imperio o dictadura.
- 2) Los que recurrieron a las armas, a la guerrilla, para resistir al imperio seléucida, y lograr así su liberación. El testimonio de este tipo de resistencia lo encontramos bien explicado en los libros de los Macabeos,

que narran la resistencia y la lucha victoriosa liderada por los hermanos Macabeos contra los sirios.

3) Los “apocalípticos”. Su reacción fue literaria y creyente. Un libro, como Daniel, es una buena manifestación de cómo la apocalíptica intenta desenmascarar los engaños del imperio opresor y exhortar a la resistencia contra él desde una opción de fe aunque ello lleve a la persecución, e incluso la muerte testimonial (el martirio). Este combate no desde las armas sino desde la fe resulta muy peligroso a ojos del imperio, hecho que explica que la apocalíptica, para evitar la persecución, esté escrita en clave, como mensaje cifrado, en principio sólo inteligible a los creyentes familiarizados con las imágenes y símbolos del AT.

1.4. El lenguaje simbólico

Este tipo de lenguaje tiene la ventaja de que ayuda a caer en la cuenta de que lo que dice es válido para todo tiempo. El apocalíptico tiene una visión más bien pesimista de la humanidad y de la historia y sabe que cuando caiga un imperio surgirá otro en su lugar. Eso significa que el creyente nunca debe bajar la guardia ante el imperio de turno que vaya a aparecer. Además, como ya hemos dicho, el uso de símbolos bíblicos no resulta familiar a los censores del imperio.

1.4.1. Imágenes

Los símbolos suelen contener imágenes complicadas, a menudo barrocas, sacadas de la naturaleza (animales y plantas)

o del arte (estatuas), como se puede ver muy bien en Daniel. Ello no tiene por qué sorprendernos, pues el punto de partida del simbolismo apocalíptico es el sueño, que en el mundo de la Biblia era interpretado como una revelación de Dios (ver Gn 37,5-10; Dn 7,1ss; Mt 1,18-23). El sueño evolucionó en visión, a veces con imágenes sobrecargadas, por lo que el sabio tiene la función de interpretarlas, cosa que suele hacer por medio del denominado “ángel intérprete” (ver Ap 17,7ss; Mc 16,1-8).

1.4.2. *Números*

El Ap está lleno de cifras, de números. Son simbólicos y ayudan a Juan a vehicular un mensaje de esperanza, sin que ello implique que el profeta sepa exactamente cuándo va a ocurrir lo que él anuncia.

El número *tres* simboliza la plenitud y, por tanto, también a Dios. Por eso el profeta Isaías, cuando quiere proclamar la santidad infinita de Dios, dice: «Santo, santo, santo, Yahveh Sebaot, llena está toda la tierra de su gloria» (Is 6,3; ver también Ap 4,8). Y si Pedro negó tres veces a Jesús, es que lo negó totalmente (Mc 14,66-72).

El número *cuatro*, como los cuatro puntos cardinales, simboliza el mundo. Por ello, la combinación de los dos números es significativa: la multiplicación del tres y del cuatro, el *doce*, simboliza la unión entre Dios y el mundo. Y, por tanto, la Alianza que Dios hizo con Israel. Por eso, Israel, destinatario de la Alianza, está simbolizado por doce Patriarcas y la nueva Alianza, por doce Apóstoles. También la suma del tres y

el cuatro, el *siete*, puede simbolizar la Alianza: siete son los diáconos que la comunidad de lengua griega en Jerusalén ha de escoger para que lideren dicha iglesia (Hch 6,1-6). Pero el siete simboliza también la plenitud, es por ello que en la Iglesia católica hay siete sacramentos.

Se puede comprender, entonces, que otros números tienen también un significado simbólico y no han de ser tomados al pie de la letra. La mención de que los paganos pisotearán la Ciudad Santa durante *cuarenta y dos meses* (11,2) no indica una fecha exacta, pues cuarenta y dos meses es el equivalente de tres años y medio, la mitad de siete. Con ello está indicando que no durará siempre o, como señala el refrán, «no hay mal que cien años dure». Y si en 11,3 anuncia que los dos profetas podrán predicar durante *1.260 días*, está indicando que predicarán sólo durante un tiempo limitado, pues *1.260* es el equivalente también de tres años y medio.

Teniendo presente, pues, el significado de los números, no resulta preocupante, que Juan diga en Ap 7,1-8 que el número de los salvados será de *144.000*. Pues este número es la multiplicación de doce por doce por mil y, por tanto, significa que el número de los salvados será muy grande. Y la prueba de que hay que interpretarlo así la encontramos inmediatamente después a propósito de las personas que gozan ya de la vida plena en el cielo:

Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie [es decir, re-

sucitados] delante del trono [de Dios] y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con las palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: la salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero (7,9).

Entre los símbolos numéricos, uno de los más populares –y más manipulados por determinados grupos– es el 666, una cifra que quiere ayudar al lector “entendido” a descifrar quién es la Bestia a la que el autor se refiere con este nombre:

¡Aquí está la sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666. (13,18)

Se trata de un hombre. Y es posible saber quién es si uno dispone de la inteligencia suficiente para descifrar este enigma. Se trata de un cálculo objetivo y referido a una persona que está viviendo en aquel tiempo. Por eso, aunque a determinadas sectas les gusta decir que se trata del Papa o del Vaticano, en aquel tiempo nada podía hacer pensar al autor en ellos, pues no tenían, ni de lejos, las características que en el resto del libro se atribuyen a la Bestia. La razón por la cual se puede calcular lo que indica la cifra se encuentra en el hecho de que, supuesto que no se disponía aún de los números árabes, en el AT se empleaban las letras del alfabeto hebreo (como los romanos empleaban las letras del abecedario) para significar los números. Las letras hebreas del nombre “NeRON CéSaR” sumadas (en hebreo sólo se escriben las letras que he puesto

en mayúscula), dan el número 666 (N = 50; R = 200; O = 6; N = 50; C = 100; S = 60; R = 200). Con ello, el autor está indicando que la Bestia a la que se refiere está reencarnada en el emperador Domiciano, y esto coincide con una leyenda muy popular en la época, que consideraba a este emperador como a Nerón que había revivido.

1.4.3. La sistematización

En la apocalíptica, las cifras simbólicas, la periodización de la historia en etapas que se van repitiendo de modo regular, los motivos que van resonando una y otra vez, quieren mostrar al lector los parámetros fijos de la historia. Pues ésta, si bien avanza hacia un término de plenitud, revela, a la vez, determinadas constantes en sus distintas etapas.

En el Ap, los parámetros fijos de la historia aparecen en el paralelismo entre el segundo, el tercer y el cuarto septenario. El progreso se ve en que en los tres septenarios centrales la gravedad de las plagas va en aumento, pues la destrucción es cada vez mayor (ver Ap 6,8 con 8,7-12; 9,15). Y en que todo culmina en el juicio final (Ap 20,11-15) y en el cielo nuevo y la tierra nueva que nos aguardan al final de la historia (Ap 21,1ss).

1.4.4. Las figuras bíblicas

Si en Ap 17 y 18 el autor quiere denunciar al Imperio Romano que persigue a la comunidad, lo hará llamándolo «la gran Babilonia, la madre de todas las prostitutas y de todas las abominaciones de la tierra» (17,5). Emplea unas imágenes que ya Isaías y Ezequiel habían utilizado para identificar las ciudades

opresoras de Israel, sobre todo Babilonia, que se convirtió en símbolo del mal para el pueblo creyente.

Dentro de la misma línea, puede denominarlo también «la Bestia de la tierra» (Ap 13,1ss) y lo pintará diciendo que «se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león» (13,2), aplicándole así los símbolos que en Dn 7,4-6 se atribuían a los imperios babilonio, medo y persa. Así subraya que el poder de Roma es como el de los tres imperios juntos. Los símbolos con que pinta a la Bestia muestran que ella quiere hacer la competencia al Cordero degollado, imitándolo. Pero indican también que su poder le viene del dragón o serpiente antigua, del diablo (cf. 13,2 con 12,9 y todo el cap. 12). Y si la Bestia tiene siete cabezas (¡plenitud!), es que con ello quiere ayudar a identificar de qué realidad política está hablando. Pues en 17,9 nos dirá que dichas cabezas simbolizan «siete colinas» (Roma era conocida en la Antigüedad como la ciudad de las siete colinas) o «siete emperadores», indicando, en 17,10-11, que está aludiendo a Domiciano.

Con este simbolismo, Juan, además de dar la Buena Noticia al lector de que este imperio injusto caerá (ver 16,18 y la alegría con que canta su caída en Ap 18), le ayuda también a caer en la cuenta de que, cuando esto ocurra, no por ello debe bajar la guardia y militancia cristianas. Pues el monstruo, el dragón, renace sin cesar en un mundo injusto –y la historia reciente de Centroamérica o de África lo muestra a cabalidad–, mientras no se haya hecho realidad el triunfo pleno de Dios (20,7-10) y no ha-

ya bajado a la tierra la Jerusalén celestial, el cielo nuevo y la tierra nueva (21,1-22,5) que Dios tiene prometidos para el fin de los tiempos.

En esta perspectiva, por tanto, Juan le dice al cristiano que no debe ser ingenuo. Pues el conflicto entre el “mundo”, (en sentido negativo juánico: Jn 1,10; 3,19s; 15,18ss), y el “evangelio”, no es nunca un conflicto anecdótico, sino de principio. En este sentido, el simbolismo ayuda a concienciar que el mensaje del Ap es válido para todas las épocas, mientras la Iglesia sea peregrina en la tierra. Pues se trata de una tierra (pensemos en monseñor Romero, en los mártires de la UCA y en las mayorías empobrecidas del tercer mundo, víctimas del hambre y de la violencia institucionalizada) en la cual los «ídolos de muerte», que proféticamente denunció Juan en Ap 18, siguen necesitando víctimas para poder saciar su voracidad y su lujo.

1.4.5. *Los colores*

El *blanco* significa la victoria, la gloria de los elegidos que participan de la vida de Dios (7,9.13-18; 19,8). Por eso, el caballo blanco que monta el primer jinete del septenario de los sellos y sale para vencer (6,1-2) ha de ser montado por Cristo, que es el que aparece también sobre un caballo blanco en la primera visión del quinto septenario (cf. 19,11-16).

El *rojo*, es símbolo de asesinato (6,4). Si en 17,4 la prostituta, que simboliza al Imperio romano, «estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas», con ello nos indica que este lujo está hecho

a costa de sangre de los cristianos, empobrecidos y perseguidos por su fidelidad a los valores de Jesús: «vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús» (17,6; ver 13,15-17). En la misma línea, afirmará que la serpiente, que simboliza a Satanás (12,3), es roja, pues el diablo (Jn 8,40-41) es asesino por naturaleza.

El *negro* (6,5-6), simboliza el sufrimiento que comporta la inflación: una pequeña parte de los alimentos básicos para los pobres costaban un denario, el salario de un día de trabajo, como sabemos por Mt 20.

El *gris-amarillento* es símbolo de peste y de muerte (6,7-8).

1.4.6. Otros símbolos

Algunos de los símbolos son fáciles de interpretar, sobre todo si se conoce bien el AT.

Los *cuernos* son símbolos del poder. Por ello Juan representa tanto a Cristo con siete cuernos (5,6). También Satanás (12,3), símbolo del mal por excelencia, o la Bestia de la tierra tienen diez cuernos y siete cabezas (13,1; 17,3). Las diez coronas de sus cuernos (ver 13,1 con 17,2) representan los reyes vasallos que reciben su poder de Roma. Las *alas* significan la movilidad (cf. 4,8; 12,14) y los *ojos*, el conocimiento que todo lo penetra. Por eso se dice en 1,15 que los ojos de Cristo «llameaban», pues lo ve todo. Y si en 1,16 se añade que la *boca* de Cristo es «como una espada aguda de dos filos», se está refiriendo a la Palabra de Jesús que provoca el discernimiento, el juicio¹. El *mar* simboliza en el AT el

mal y la muerte (13,1; ver Mc 4,35-41). Por eso Juan nos dirá en 21,1 que en la nueva creación ya no habrá mar. Los siete *candeleros* y las siete *estrellas* que el Hijo del hombre tiene en su mano derecha (1,20), simbolizan los siete ángeles, protectores de las siete iglesias a las cuales va dirigido el Ap y que están simbolizadas por los siete candeleros de oro de la visión inicial (1,12.16.20).

El famoso *Harmagedón* (16,16), tan utilizado por las sectas, es una palabra que reproduce en griego, sin traducirla, las palabras hebreas *har Meguido*, que significan «la montaña de Meguido». La elección del nombre no es casual, pues Meguido se hizo famoso en el pueblo de Israel por ser el lugar en el que fue vencido el rey Josías (2Reyes 23,29-30). Desde entonces se convirtió en símbolo del lugar en que se reúne un ejército que está condenado al fracaso. Teniendo esto presente, si en Ap 16,16 se nos dice que los ejércitos del mal se «reunieron en el lugar llamado en hebreo Harmagedón» para entablar la batalla final con Dios y las fuerzas del bien (batalla que encontraremos en la quinta visión del quinto septenario, 20,7-10), es una buena noticia para la comunidad, pues con ello se está anticipando el fracaso de las fuerzas del mal, que ahora parecen dominar el Imperio.

1.4.7. El fin del mundo

Por todo lo que acabamos de ver, se confirma la tesis de que las imágenes que nos ofrece el Ap no han de ser tomadas al pie de la letra, como si se tratara de una película que reproduce exactamente el futuro de la Iglesia o el fin del mundo.

Con todo, leemos en el Ap textos como 6,12-17, que podrían hacer pensar que sí se habla del fin del mundo, pero que necesitan ser leídos con sentido:

Seguía mirando, cuando abrió el sexto sello; y se produjo un violento terremoto; el sol se puso negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera suelta sus hijos aún verdes al ser sacudida por un viento fuerte; el cielo fue retirado como un libro que se enrolla, y todos los montes y las islas fueron removidos de sus asientos; los reyes de la tierra, los magnates, los tribunos, los ricos, los poderosos y todos, esclavos o libres [¡siete grupos!], se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a los montes y a las peñas: caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero. Porque ha llegado el gran día de su cólera y ¿quién podrá sostenerse?

Aquí no hemos de pensar que al autor le ha sido revelado cómo será exactamente el fin del mundo sino que está empleando textos del AT². Son las imágenes que emplearon los profetas para anunciar que, dada la maldad de este mundo, tendrá que desaparecer para dar lugar a la nueva creación. Son, pues, imágenes estereotipadas que los autores del Nuevo Testamento utilizan también cuando quieren indicar que el acontecimiento que narran tiene una dimensión apocalíptica, definitiva, por cuanto es el comienzo de la irrupción definitiva de Dios en la historia. Eso es lo que Marcos

quiere decir cuando, para significar que la muerte de Jesús en la cruz implica el comienzo del mundo nuevo, anunciado por Dios (ver Am 8,9s), señala que «llegada la hora sexta, la oscuridad cayó sobre la tierra hasta la hora nona» (Mc 15,33). Con ello, no está queriendo decir que, históricamente, un eclipse de sol de tres horas de duración antecedió a la muerte de Jesús en la cruz, sino significar el valor definitivo de la cruz.

1.4.8. *La liturgia*

Es significativo en el Ap su talante claramente litúrgico que aparece ya desde la primera bienaventuranza con que el autor inicia su obra:

Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y hagan caso de lo que está escrito en ella, porque el Tiempo está cerca (1,3).

No sólo las liturgias celestiales con que concluyen los distintos septenarios que estructuran la obra, sino también el resto del libro, contiene numerosos himnos litúrgicos. Juan no se cansa de proclamar en ellos que Dios es el único Señor de la historia y que Cristo es su único “lugarteniente” en el cielo y en la tierra. Son “cantos de resistencia” de la comunidad, que quieren ayudarla a mantener vivo su espíritu crítico y su esperanza en la victoria final del bien sobre el mal. Son como el canto de *La estaca*, de Lluís Llach, durante la dictadura de Franco, o los “corridos” de monseñor Romero y el padre Tilo, en El Salvador. Al ser tan numerosos, contribuyen a crear la atmósfera de “Buena Noticia” y de

resistencia que el autor quiere que domine a lo largo de toda la obra.

El tono litúrgico de los textos comporta otra enseñanza importante. Las celebraciones litúrgicas son anticipaciones del final de la historia que, con la resurrección de Jesús, ha irrumpido ya en nuestro mundo. Son también medios eficaces de la intervención de Dios en la historia y una ayuda para movilizar el pueblo cristiano: una llamada a resistir y a contrarrestar las asechanzas del imperio con todos los medios posibles, entre los cuales destaca el culto, ya que en el Ap estamos muy lejos de las liturgias, a menudo alienantes, de muchos grupos pentecostales o carismáticos actuales.

Es un motivo típico de la apocalíptica que, en medio de la persecución, la oración se haga más necesaria que nunca. Lo subraya también Lucas en el discurso apocalíptico (Lc 21,36). La oración, por otro lado, ayuda también a concienciar que la salvación definitiva es puro don gratuito de Dios (6,9-11).

1.5. Centralidad del Evangelio

El Ap afirma de sí mismo que es una «buena noticia eterna» (14,6). En griego: *euangélion*. Su contenido fundamental como veremos a propósito del cap. 10 es el Evangelio y no porque recoja las palabras y hechos de Jesús, como en los cuatro evangelios, sino porque quiere expresar, en un vocabulario distinto, la importancia que tiene el Evangelio para todo cristiano, que está llamado a ser un profeta por el mero hecho de ser miembro de la Iglesia. Y para Juan, se es profeta cuando se asimila

profundamente el contenido del Evangelio, y se vive y predica su mensaje, aunque ello implique persecución (Mc 8,24ss). En él está contenida, pues, la filosofía teológica del Evangelio, pero aplicada a las nuevas situaciones que está viviendo la Iglesia, perseguida por el imperio romano (2,3.10.13; 12,13; 13,7).

En este sentido, Juan cree que su obra es una «buena noticia eterna» (14,6), porque el valor de lo que se propone en el Evangelio es algo que vale para cualquier situación que le toque vivir a la Iglesia a lo largo del tiempo. Y porque, desde su sabiduría bíblica, puede anunciar la caída del imperio romano, perseguidor de la Iglesia, y que acabará participando del destino de todo imperio: la destrucción total (17 y 18).

Y es también obvio que se trata de una “buena noticia”, si se tiene en cuenta el título que Juan da a su obra: *Revelación de Jesucristo*. Si tiene como contenido y como sujeto de lo que se revela, al mismo Jesús, que no puede sino amar a sus iglesias (1,5; ver Rm 5,6-9), aunque éstas a menudo fallen (2-3), su contenido sólo puede ser positivo, como lo es el de todo el Evangelio. Es verdad que en cinco de las siete cartas que Jesús dirige a las siete Iglesias, Jesús las interpelará seriamente, exhortándolas a vivir su fe de manera consecuente. Pero lo hace porque, como indica en la séptima carta, «yo a los que amo, los reprendo y corrijo» (3,19; cita Pr 3,12).

Por otro lado, se dice de todas las iglesias que se encuentran en la «mano derecha de Dios» (1,16.20; 2,1; 5,1). Ello significa en lenguaje apocalíptico

que son protegidas por Jesús, pues la derecha es el lugar de las buenas noticias (¡y esto no tiene nada que ver con las orientaciones políticas actuales!). Por eso el ángel que anuncia la resurrección de Jesús se encuentra sentado (habla con autoridad divina) a la *derecha* de la tumba que está vacía (Mc 16,5). Y en el juicio final, los que se van a salvar se encuentran a la *derecha* de Jesús (Mt 25,31-40). Pero además, Juan, al inicio, insiste en aquellas características de Jesús que invitan a una confianza plena por parte de las iglesias santas y pecadoras. La gracia y la paz que Juan desea a las siete Iglesias de Asia, representantes de la globalidad de todas las Iglesias, viene precisamente también de parte de Jesucristo (1,4):

El testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre (1,5-6).

Todo lo que se dice aquí, por tanto, sólo puede ser buena noticia para la Iglesia. Pues, además de afirmar que Jesús es el testigo fiel³, al que Dios ha resucitado como primicias de entre los mártires y garantía de que también los que hayan muerto en su seguimiento Dios los resucitará, se subraya, contra la pretensión política del emperador Domiciano, que persigue a los cristianos que no lo quieren adorar como Señor y Rey (*Domínus ac Deus*), que el auténtico Rey de reyes y Señor de los señores no es el emperador, sino Jesús.

No es casual, entonces, que en el Ap encontremos siete bienaventuranzas que enmarcan toda la obra (1,3 y 22,7.14) y aparecen en lugares clave (14,13; 16,15; 19,9; 20,6). En ellas se promete, a los que hagan caso del mensaje, que tendrán acceso al árbol de la vida (Gn 2-3) y a la Jerusalén celestial (21,9-27).

1.6. La estructura del Apocalipsis

A través de una estructura muy consciente Juan nos da una pista de lectura fundamental, que nos ayuda a descubrir cómo quiere él que leamos su obra.

La Introducción (1,1-8) y la conclusión (22,6-21) están formuladas de modo paralelo (los mismos temas resuenan en una y otra), formando una inclusión que enmarca toda la obra. Así Juan subraya la unidad de la obra y su estructura concéntrica, que ayuda a destacar la fidelidad de Dios que, de modo regular, actúa en la historia liberando a su pueblo empobrecido y humillado por los poderes del mal. Por eso el Ap no se cansa de denominar a Dios (¡y sólo a Dios!) el *Todopoderoso*⁴.

Y la concatenación y progreso dentro de los septenarios (siete cartas, siete sellos, etc.) revela que en el mundo no se da un eterno retorno de todas las cosas (eso llevaría al desánimo de la comunidad y no se corresponde con la realidad), sino un auténtico progreso de la historia que se va acercando al momento en el cual Dios lo será todo en todos.

Veamos ahora el esquema del libro donde resalta su estructura circular o “quiástica”:

A. Prólogo y saludo epistolar (1,1-3 + 4-8)

B. Las siete cartas (1,9-4,11)

Visión preparatoria (1,9-20)

Las siete cartas (2,1-3,22)

Liturgia final en el cielo (4,1-11)

C. Los siete sellos (5,1-8,1)

Visión preparatoria (5,1-14)

Los siete sellos: (6,1-17: los seis primeros; cf. 8,1: el séptimo)

Intermedio: Los 144.000 elegidos sellados (7,1-8)

Liturgia final en el cielo (7,9-17)

Apertura del séptimo sello (8,1)

D. Las siete trompetas (8,2-14,5)

Visión preparatoria (8,2-5)

Las seis primeras trompetas (8,6-9,21)

Intermedio (10,1-11,14):

a) Vocación profética de Juan (10,1-11)

b) Misión profética de los cristianos (11,1-14)

Anuncio de la séptima trompeta (11,15a)

Cántico en el cielo (Aparición del Arca de la Alianza: 11,15b-19)

Intermedio (12,1-13,18):

a) Lucha entre el pueblo de Dios y el Dragón (12)

b) Aliados del Dragón: las dos Bestias (13)

Liturgia final en el cielo (14,1-5)

C'. Las siete copas (14,6-19,8)

Visión preparatoria (14,6-20)

LAS SIETE COPAS (15,1-18,24)

Intermedio (17-18):

a) Identificación de Babilonia con Roma (17)

b) Canto por la caída de Babilonia (18)

Liturgia final en el cielo (19,1-8)

B'. Las siete visiones (19,9-22,5)

Introducción (19,9-10)

LAS SIETE VISIONES (19,11-22,5):

1ª. Aparición del Mesías, Juez y Victorioso (19,11-16)

2ª. Anuncio de la victoria (19,17-18)

3ª. Primer combate escatológico (19,19-21)

4ª. Derrota y encadenamiento de Satanás (20,1-3)

5ª. Reinado de mil años y segundo combate escatológico (20,4-10)

6ª. Juicio final (20,11-15)

7ª. El mundo nuevo y la nueva Jerusalén bajada del cielo (21,1-22,5).

A'. Epílogo y salutación epistolar (22,6-20 + 21)

2. UNA BUENA NUEVA ETERNA

Si todo el Ap ha recibido una configuración que lo asimila a una carta (1,4-8 y 22,21 enmarcan toda la obra), no tiene por qué sorprendernos que el primer septenario esté formado por siete cartas dirigidas a siete iglesias que, por el número, simbolizan la Iglesia universal.

2.1. El primer septenario: las siete cartas (1,9 - 4,11)

Una carta es un escrito. Y si se trata de una revelación, es una Escritura, una palabra fija, que puede servir de polo de referencia en todo momento para ver si una comunidad vive de acuerdo con el Evangelio. Esto es fundamental en los momentos de crisis religiosa, cuando existe una persecución contra la comu-

nidad que ha causado ya varios mártires. Por ello, Juan intenta con sus siete cartas iniciales animar a sus comunidades. Para ello empieza mostrándoles, en una visión inicial (1,9-20), que el Hijo del hombre (el Cordero degollado, Jesús) es el auténtico Señor de la historia.

Así prepara el Juicio definitivo sobre la historia que Jesús, el «Rey de reyes y Señor de señores» (19,16), realizará en

el quinto septenario con el que el primero forma inclusión.

En las cartas, Juan va indicando a sus comunidades cuáles son sus cualidades y sus defectos. Intenta movilizarlas para que, recordando su amor primero (2,4), den testimonio profético en medio del mundo que les persigue y corrija los defectos y herejías que se están introduciendo en su seno⁵.

Resultan muy significativas las últimas palabras de Jesús en la última carta (3, 19ss), ya que dan el sentido profundo de todo el septenario y son la clave de lectura que anticipa el contenido de toda la obra. Por un lado, anuncian la promesa de que Dios llegará a ser, al final, el Dios-con-nosotros (21,3). Y, por otro, exhortan a la conversión, ya que el que no lo haga será objeto de la ira de Dios:

Yo reprendo y castigo a los que amo. Anímate, pues, y cambia de conducta. Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le sentaré en mi trono, junto a mí, lo mismo que yo también he vencido y estoy sentado junto a mi Padre, en su mismo trono (3,19-21).

El septenario concluye con una liturgia celestial (Ap 4), en la cual la creación, simbolizada por los cuatro animales, y el pueblo de Dios del Antiguo y Nuevo Testamento, representado por los veinticuatro Ancianos (los doce Patriarcas y los doce Apóstoles), cantan la gloria y el poder de Dios que triunfará plenamente en el quinto septenario.

2.2. El segundo septenario: los siete sellos (5,1 - 8,1)

Este septenario forma una unidad con el tercero y el cuarto, confirmando así la estructura concéntrica del Ap. Pone al descubierto, en una visión celeste, las fuerzas que configuran la historia, revelando su significado profundo. Por eso, el septenario habla de un libro sellado con siete sellos (5,1). Este libro contiene el plan de Dios sobre la historia. Pero dicho plan permanece secreto para los seres humanos, que sólo conocen de la historia lo superficial. Lo simboliza en 5,1 con el hecho de que el libro está escrito por el anverso y el reverso (el autor piensa en un rollo que está enrollado, con lo cual apenas se puede leer nada de él). Además, subraya que está sellado con siete sellos, es decir, totalmente. ¿Quién es, entonces, capaz de soltar estos sellos (5,2), de revelar el sentido profundo de la historia? Sólo Cristo (5,3ss). Él pone en marcha el plan de Dios en la historia y es capaz de revelar su significado más profundo (5,9-10).

Junto con el papel único de Cristo, Juan quiere revelar también cuatro aspectos de la historia, que desarrollará en los dos septenarios siguientes:

a) Desenmascarar las fuerzas negativas que intentan contrarrestar la acción liberadora de Dios (6,3-8). Por eso la comunidad es perseguida y hay mártires (6,9-11).

b) Mostrar que Cristo, el auténtico Señor de la historia, ha salido ya para vencer (6,1-2). El Bien acabará triunfando sobre el Mal y Dios escuchará la petición de justicia de los

mártires (6,11-12). Será una victoria definitiva, pues, como indica el sexto sello (6,12-17), estamos ya a las puertas del nacimiento del mundo nuevo, siendo los sufrimientos actuales como los dolores de parto del mundo nuevo.

c) Revelar que los males que azotan este mundo no son castigos absurdos de Dios. Son más bien, tal como indican los cuatro primeros sellos, llamadas a la conversión de los incrédulos (como en Ex 7,13.22; 8,15; 9,35). Pero como ocurrió ya con el faraón en Egipto, Juan prevé que la lógica del Imperio y de sus aliados llevará a los malvados a no convertirse.

d) Recordar que en esta situación, la comunidad ha de mantenerse fiel a los valores del Cordero degollado, aun a costa del martirio. Y lo ha de hacer confiando en la salvación final de Dios, que los mártires viven ya anticipadamente (7,9-17). A ellos se les promete que «ya nunca tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el calor agobiante del sol. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacientará y los conducirá a fuentes de aguas vivas y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (7,16-17).

2.3. El tercer septenario: las siete trompetas (8,2 - 14,5)

Es el central y el más desarrollado. Con las trompetas, Juan llama a la movilización (ver Jr 4,5; 1Cor 14,8) de los cristianos en un momento decisivo de la historia. Las siete trompetas anuncian

las desgracias que aguardan al mundo si no se convierte. En este sentido, las seis primeras indican que los males del mundo no son fruto de la arbitrariedad o malevolencia de un Dios terrible, sino una llamada a la conversión. Por esto aquí se acrecientan las consecuencias negativas de las plagas con respecto al septenario anterior: allí se destruía una cuarta parte de Roma, aquí una tercera, pero sin llegar a la destrucción total que se describirá en el septenario siguiente.

Las cuatro primeras trompetas se refieren a las plagas que afectarán a la naturaleza, mientras que la quinta y la sexta atormentarán a los hombres; la séptima, sólo es anunciada (11, 15a), como en el séptimo sello. Es una invitación a seguir leyendo. Las alusiones al AT muestran que todo este septenario está inmerso en una atmósfera pascual.

2.3.1. Primer intermedio: vocación y misión profética

Resulta significativo que antes de que suene la séptima trompeta, Juan interrumpa el relato para desarrollar (10,1-11,14) un amplio intermedio. En él, Juan indica al creyente cuál es su vocación cristiana. Pues en Ap 10, con la aparición del ángel majestuoso que lleva en su mano el librito que Juan es invitado a comer⁶, el vidente quiere hacer referencia a su vocación profética. Por eso el ángel le indica que, una vez haya comido el librito (el Evangelio), éste le resultará dulce y amargo a la vez: a) dulce, porque su predicación contendrá una Buena Noticia eterna (14, 6), que consiste en el triunfo de Dios; b) pero amargo también, pues Juan ha de anunciar el castigo a los que se cierran al mensaje

de Dios, lo cual le comportará persecución y, quizás, el martirio.

La descripción de la vocación profética de Juan ha preparado el capítulo 11, en el cual se simboliza la situación que está viviendo la comunidad, destacando los aspectos complementarios que acompañan siempre la vida de las Iglesias.

Juan recuerda que, aunque los sufrimientos de la comunidad puedan llevar a pensar lo contrario, las Iglesias están protegidas por Dios. Lo expresa con la orden, inspirada en Ez 40,1-5 y Za 2,5-9, de medir el Santuario y el altar y a los que adoran en él (11,1). Pero pone de manifiesto también que dicha protección no excluye el que las Iglesias puedan ser perseguidas por el Imperio. Pero sólo lo serán durante un tiempo limitado (¡tres años y medio!), como se expresa con la orden de que no mida el patio exterior del Santuario, «porque ha sido entregado a los gentiles que pisotearán la Ciudad Santa cuarenta y dos meses» (11,2).

A continuación, en 11,3-13, Juan desarrolla la misión profética que han recibido todos los cristianos (ver Hechos 2,14-21). Ya Marcos había indicado, en un texto también apocalíptico, que antes del final escatológico de la historia, el Evangelio debía ser predicado a todas las naciones (Mc 13,10). Con ello daba una tarea a su iglesia, incluso después de la caída de Jerusalén (a la que se alude en Mc 13,14ss), aunque ello le comportara persecuciones (Mc 13,9-13).

Juan dice a su comunidad que debe dar testimonio profético en el mundo antes de que suene la séptima trompeta.

Por ello se subraya que los dos testigos son profetas (11,3.6.10). No es obstáculo para esta interpretación el que sean descritos con unos rasgos que aluden a los dos grandes profetas del AT, Elías y Moisés, cuyo retorno se esperaba para el fin de los tiempos (Dt 18,18; Mal 3,23)⁷. Pues lo que se quiere indicar con ello es que el testimonio profético cristiano es el cumplimiento de lo anunciado en el AT.

A la vez, se les anuncia que compartirán el destino de Jesús, es decir, su muerte y resurrección, pues provocarán la oposición del mundo que llegará, incluso, a asesinarlos y se alegrará con su muerte (13,7-10). Pero se les revela también que Dios no les abandonará en esta vida (11,5) y que, pasado un tiempo breve, se aparecerán a sus enemigos compartiendo la glorificación de Jesús (11,11-13). En este marco, Juan quiere afirmar que, con su testimonio, los profetas cristianos acelerarán la venida del Reino de Dios. Por eso es tan importante para él que los cristianos cumplan con su misión de profetas.

Por otro lado, la noticia de que algunos se convertirán (11,13) es un mensaje de consolación para los que viven en medio del “segundo ay”, es decir, en medio de las pruebas escatológicas que está viviendo la comunidad (9,13-11,14) y que preparan el toque de la séptima trompeta. Ésta anuncia el castigo definitivo de Dios contra el Imperio Romano. Con ello se confirma lo que hemos propuesto antes como tesis: que la sexta trompeta (9,13-21) y la reflexión que retarda el toque de la séptima⁸, se refieren al tiempo de la Iglesia que está viviendo el autor.

2.3.2. Aparición del Arca de la Alianza

Pero cuando suena la séptima trompeta en 11,15a, Juan, como había ocurrido ya en el segundo septenario, no describe los resultados de dicho toque, sino que deja resonar un cántico en el cielo (11,15b-19) que anticipa el triunfo final de Dios, que va a hacer justicia restableciendo su reinado ya aquí en la tierra.

Es, una vez más, una manera de invitarnos a que leamos el siguiente septenario, el de las copas, como explicación, esta vez definitiva, de lo que se ha anunciado en éste. No es casual que precisamente aquí Juan recuerde el motivo que subyace a toda la reflexión teológica del Apocalipsis: la fidelidad de Dios a la Alianza que estableció con su pueblo⁹.

2.3.3. Segundo intermedio: las fuerzas que configuran la historia

En este lugar, el autor, antes de dejar resonar la Liturgia final celestial, se toma una vez más un receso. Este segundo intermedio (12-13) forma inclusión con el primero (10,1-11,14), enmarcando el resonar de la séptima trompeta. En él pone al descubierto las fuerzas últimas que configuran la historia. Y cómo éstas, después de la Resurrección de Jesús, siguen incidiendo hoy en el mundo.

Juan desvela en Ap 12 el trasfondo de la lucha a muerte que enfrenta a los cristianos con el Imperio. Lo primero que nos presenta es “una mujer” vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas (12,1). Esta mujer simboliza el Pueblo de Dios. Y las

doce estrellas representan las doce tribus del pueblo de Israel que va a ser reconstituido con la venida y triunfo del Mesías¹⁰.

Frente a la Mujer, que está a punto de dar a luz (Ap 12,2), Juan sitúa a la Serpiente roja, que, por su color, sus cabezas (¡siete!), sus cuernos (¡diez!) y sus diademas, representa el poder demoníaco¹¹ que quiere acabar con la mujer y su descendencia, como lo intentó ya al comienzo de la Creación (Gn 2-3).

Pero cuando «la Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro» (se trata del Mesías), «su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono» (12,5), con lo cual el Diablo, que ha intentado devorarlo (12,4b), no sólo no consigue acabar con él, sino que va a sufrir las consecuencias de esta elevación del Hijo a Dios. El autor, por tanto, más que referirse al nacimiento del Mesías, está hablando –con unas imágenes que nos resultan familiares por el Cuarto Evangelio– de la exaltación o resurrección del Hijo. Como en el Cuarto Evangelio, la cruz es vista como exaltación (Jn 3,14; 8,28; 12,32s) y como trono en el cual Jesús reina (12,5).

El fragmento siguiente (12,7-12) saca las consecuencias de esta victoria pascual y nos presenta la dimensión última de esta derrota del demonio con la imagen clásica (mítica) de la lucha entre Miguel, que está al frente de sus ángeles y la Serpiente, que está también al frente de sus ángeles (caídos). Esto significa que con la exaltación de Jesús ha empezado ya el reinado del Cordero degollado. Satanás ha sido vencido y ha

perdido su poder, lo cual queda simbolizado con el hecho de que es expulsado del cielo¹².

Pero esto no significa que Satanás, símbolo del mal que atenaza al mundo, carezca de todo poder. Pues no hemos llegado aún a la plenitud del Reino.

Por eso Juan, para prevenir al lector contra las amenazas que para el cristiano comportan los “poderes del mal” muy activos en la tierra, añade una advertencia en 12,12b: «¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado a vosotros rebosando furor, sabiendo que le queda poco tiempo».

Con todo, también aquí hay una nota positiva. Pues en medio de esta lucha, el pueblo cristiano sigue siendo protegido por Dios, como lo fue el pueblo de Israel en el desierto¹³. Pero ello no evita que ahora el Mal persiga, encarnizada-mente, «a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12, 17).

2.3.4. *Las dos Bestias*

Con ello, Juan quiere desenmascarar las fuerzas demoníacas que, basándose en la mentira, quieren engañar a los cristianos.

Por eso, en una segunda parte de este largo intermedio, pone al descubierto las potencias aliadas de Satanás aquí en la tierra y explica de qué recursos se valen para oprimir a la Iglesia. Están representadas por dos Bestias.

La Bestia del mar (13,1-10), simboliza la Roma omnipotente políticamente. Es como la encarnación de todos los imperios totalitarios¹⁴. Se trata del Imperio que, en su orgullo, se convier-

te en ídolo y martiriza a los cristianos que no quieren adorarlo (13,4-7).

Y la Bestia de la tierra (13,11-17) que, más adelante (en 19,20 y 20,10) es denominada «el falso Profeta». Ésta es el símbolo de la propaganda religiosa y de las ideologías¹⁵ que están al servicio del Imperio (13,12-15). Estas ideologías, a menudo pseudoreligiosas, son muy peligrosas, por cuanto utilizan su poder para engañar a los ingenuos y para marginar, incluso económicamente, a todo el que no quiere adorar a la primera Bestia.

En este sentido, el Dragón y sus dos acólitos, que son creación e imagen de él, formando así una especie de Trinidad satánica que intenta emular a la Trinidad divina, expresan el peligro que comporta para los cristianos un estado totalitario y despótico, como el de Roma en tiempo del emperador Domiciano, que quiere convertirse en ídolo y obligar a los cristianos a renunciar a sus valores para aceptar, en su lugar, los del Imperio.

Y como la dureza de la persecución en la comunidad es notable y el poder del Imperio parece inmovible (tardó algo más de tres siglos en caer), Juan no quiere terminar este septenario sin que resuene en la liturgia celestial (14,1-5) el cántico triunfal de «los que siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (14,4).

Con todo ello, el autor nos ha preparado para la lectura del cuarto septenario, en el cual nos mostrará lo que le aguarda al Imperio cruel que no quiere convertirse y persigue a los cristianos.

2.4. El cuarto septenario: las siete copas (14,6 - 19,8)

Con este septenario concluye el núcleo central del Ap. Explicita lo que el segundo había apuntado y el tercero había preparado. Por esto está construido de modo que haya un paralelismo estricto, en cuanto a las plagas, con el septenario anterior. Pero lo hace de manera que aparezca que el castigo no sólo aumenta, sino que llega ya el castigo definitivo de la Bestia, el Imperio Romano, cuya caída será narrada (16,17-21) y cantada (Ap 18).

Juan escoge el símbolo de las copas que, en cuanto «copas de la cólera de Dios», significan los castigos y la ruina definitiva que aguardan a los imperios totalitarios que, como el de Roma, no aceptan el señorío de Dios y quieren, a su vez, convertirse en dioses, sin escuchar las llamadas a la conversión que Dios les manda a través de las plagas. Detrás está la imagen de la «copa de la ira de Yahvé», un tema clásico en el profetismo¹⁶.

Juan se preocupa aquí de identificar el Imperio contra el cual van dirigidas sus amenazas. Pues, después de denominarlo «la gran prostituta, la que está sentada sobre aguas caudalosas, con la que adulteraron los reyes de la tierra emborrachándose con el vino de su liviandad» (17,1b-2), nos dice que se trata de Roma, «la ciudad de las siete colinas» (17,9), que se embriaga con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús (17,6). Y toda la reflexión concluye con un canto poético, en el cap. 18, que expresa una alegría inmensa por la caída del imperio opresor, pero que refleja también la admiración que siente por su

esplendor y el lamento por su perdición¹⁷. Por otro lado, resulta significativa la manera como resuena la crítica profética al lujo y a la injusticia de los habitantes de la tierra (es decir, los incredulos), los reyes y los comerciantes, aliados del Imperio. Con su ambición económica, son los causantes de los males del mundo.

Domina, pues, en este septenario, la atmósfera del juicio de Dios. El autor sabe, por experiencia sapiencial y evangélica, que la encarnación de Dios en las realidades humanas no lleva el mundo a la conversión. Así ocurrió ya en tiempo de Jesús¹⁸, pues su Buena Noticia, “tenía” que provocar el rechazo de un mundo que ama más las tinieblas que la luz, porque sus obras son malas (Jn 3,19). Un Dios que, contra toda “lógica humana”, propone una “lógica de la gratuidad” que posibilite “la fraternidad universal”, no puede contar con la aprobación de este mundo y de los poderes que lo configuran. Un mundo estructurado así acaba por matar al profeta Jesús que denuncia su injusticia, como procura asesinar también a todos los que, con valentía profética, cristiana, siguen radicalmente a Jesús en su denuncia de la injusticia. Por ello mató a monseñor Romero y sigue matando a tantos otros testigos.

Pero como el Juicio no es nunca la palabra definitiva de Dios sobre la historia, todo el septenario viene enmarcado por un tono positivo que proyecta su luz, incluso cuando se va a hablar del castigo definitivo. Me refiero al comienzo de la visión inaugural del septenario y a la liturgia celestial con la cual concluye.

La primera parte de la visión preparatoria (14,6-13) anuncia una «buena noticia eterna» (14,6) a todos los pueblos de la tierra. Incluye el juicio sobre Babilonia (14,7-11) y la promesa de que terminarán los sufrimientos de los santos que han guardado los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (14,12-13).

El texto, enlazando con el cántico de Moisés y el cántico del Cordero (15,3-4), forma inclusión con la liturgia celestial que encontramos al final de este septenario, en 19,1-8. En él se canta el triunfo de Dios y el regocijo de la Iglesia porque «han llegado las bodas del Cordero» (19,7). Con ello, Juan nos prepara para el último septenario que concluirá con estas bodas (21,3-4), invitándonos así, a seguir leyendo, pues piensa que la historia no habrá llegado a su término con la caída de Roma.

Por otro lado, también la segunda parte de la introducción al septenario (14,14-20) que prepara el discernimiento entre bueno y malos, simbolizados, respectivamente, por las imágenes de la cosecha y de la vendimia, contiene, a su vez, una buena noticia para la Iglesia: le recuerda que el Juicio será realizado por el Hijo del hombre (14,14) que sostiene en su mano derecha, protectoramente, a todas las Iglesias (1,17-20).

2.5. El quinto septenario: las visiones finales (19,9 - 22,5)

Como ya dijimos, este septenario forma inclusión con el primero, llevando a su plenitud la dinámica que empezó a aparecer en el segundo y que culminó en el cuarto. Además de formar inclusión con el primer septenario, que habla de

la Iglesia militante, hay también una relación entre la primera visión de este septenario que presenta a Cristo, como Juez y guerrero victorioso, montado sobre un caballo blanco y la apertura del primer sello del segundo septenario (6,1-2):

Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama 'Fiel' y 'Veraz': y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce; viste un manto empapado en sangre [Is 63,1] y su nombre es: 'la Palabra de Dios' [Jn 1,1]. Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro [Sal 2,9]; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso. Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: 'Rey de reyes y Señor de señores' [2Mac 13,4] (19,11-16).

Por otro lado, la cuarta visión –la central (20,1-3)– está en consonancia con el septenario central de las trompetas, cuando habla del establecimiento del Reino de Dios en la tierra.¹⁹

Por la inclusión con el primer septenario, Juan subraya que en toda la obra se está hablando, ante todo, del presente de la Iglesia. Por ello, si la visión inicial del primer septenario (1,9-20) presentaba a un Cristo triunfante que tenía en su mano derecha a las Iglesias que se encontraban inmersas en medio de una persecución sangrienta y que estaban

amenazadas de tibieza y de desesperanza (2-3), ahora, en la visión final, aparece la Iglesia triunfante que ha llegado ya a su plenitud, una vez han sido vencidas, definitivamente, las fuerzas del mal, simbolizadas por el demonio y la muerte.

Por otro lado, por su relación con los septenarios centrales, este septenario aparece como la culminación histórica de lo que el autor nos ha ido desvelando a lo largo de su obra. Pero ahora ensancha, definitivamente, el horizonte. Pues abarca desde la aparición del Mesías (19,11-16), que es el inicio del Reino de Dios aquí en la tierra, hasta el Juicio final (20,11-15) y la visión del nuevo mundo, la Jerusalén celestial, el Paraíso recreado (21,1-22,5), que aparecerá cuando se consumen las Bodas del Cordero con el Pueblo de Dios y Dios sea el Dios-con-ellos (21,3).

Aparte del papel fundamental de Cristo, que domina todo el Ap, dos son los motivos fundamentales que configuran este septenario:

1) El encadenamiento de Satanás durante un tiempo muy largo (simbolizado con los mil años): se refiere al tiempo actual de la Iglesia que se inició con la exaltación de Jesús. Ahora Satanás está encadenado, de modo que, si el cristiano cede a sus seducciones, no tendrá excusas. El Evangelio puede ser vivido gracias al triunfo de Cristo, aunque ello no excluya un ataque final y definitivo al fin de los tiempos (ver 20,3b con 20,7-10).

Los textos, tanto del judaísmo, como del cristianismo primitivo que tratan

de la duración del reino mesiánico hablan de una duración simbólica. La estancia en el paraíso, cuyo retorno anuncia Isaías 65,22, se creía que duraría mil años. Pues Dios dijo a Adán en Génesis 2,27 que moriría el día mismo en que comiera del fruto prohibido. Si un día del Señor es como mil años (Salmo 90,4), se comprende que Gn 5,5 diga que Adán murió a los 930 años. Por eso los cristianos pensaban que la estancia en el paraíso instaurado por el Mesías duraría mil años. El reino de mil años significa, en lenguaje simbólico, que se restauran, en parte, las condiciones de la vida paradisíaca perdidas con la caída original. La obra de Cristo comporta, entonces, el fin del poder de la Serpiente (12,9; 20,3) y se puede ofrecer el árbol de la vida a los que, con Cristo, son vencedores de Satán (2,7; 22,14.19). Los mártires pueden entrar ya en el jardín de Dios y vivir una vida resucitada, sin temor a la muerte. Reinan ya con Cristo y participan en el juicio y la victoria, mientras aguardan el final del tiempo de la Iglesia.

2) La nueva creación, que va unida al tema de la Jerusalén celestial y del Paraíso recuperado (21,1-22,5) que nos aguarda al fin de los tiempos, cuando se manifieste plenamente el Señorío de Dios. Esta Ciudad Santa, la nueva Jerusalén o Iglesia triunfante, «baja del cielo» (21,2). Con ello Juan quiere recordarnos que dicha Iglesia pugna ya por hacerse presente en la Iglesia terrena en la cual vivimos. Así se distancia de las expectativas judías de la apocalíptica

contemporánea²⁰, que esperaban una época paradisiaca aquí en la tierra.

2.6. Conclusión

El Ap, por tanto, no es un libro que quiera inspirar miedo hablando de los acontecimientos terribles del fin del mundo. Su lenguaje simbólico procura evitar la persecución del imperio, revelando a la vez las constantes de la historia. Lo que pretende es fundamentar la resistencia cristiana frente a cualquier imperio (aquí se trata de Roma) que no tolera una fe que sea fiel al proyecto liberador

de Jesús. Por eso es un mensaje de esperanza para las Iglesias que militan en medio de un mundo injusto y hostil. Exhorta a los cristianos a dar testimonio profético del Evangelio. Y es una buena noticia perenne para todo creyente, pues habla de que Dios es, en último término, el señor de la historia y no lo es el imperio de turno. Es el Dios fiel y liberador del Antiguo Testamento que no permitirá jamás que, a la larga, los imperios injustos acaben triunfando. Y al final de la historia nos aguarda una nueva creación totalmente liberada del mal y de la muerte.

3. UN MENSAJE DE ACTUALIDAD

Después de lo que acabamos de ver, se comprende que, en un mundo tan lleno de injusticia y de “plagas” como el nuestro (guerras, hambre, crisis financiera, calentamiento global, prepotencia de los países ricos en sus relaciones comerciales, violencia contra la mujer, droga, etc.), el Ap recobre toda su perenne actualidad.

Pues, desgraciadamente, en los dos últimos milenios no ha variado mucho lo que Juan revela sobre la historia. Cayó el imperio romano. Pero los imperios que lo siguieron no fueron mejores. Ni el germánico, ni el español, ni el francés, ni el inglés, ni el ruso, ni, en la actualidad, el norteamericano. Todos se han convertido en “bestia” para los pueblos empobrecidos y oprimidos de la tierra, sobre todo para sus mayorías populares. Y las *plagas* que siguen azotando todos los países, tampoco consi-

guen llevarlos a la conversión, puesto que también toman como ídolos el dinero y el enriquecimiento a cualquier precio.

Los imperios, y sus aliados, a veces religiosos, siguen persiguiendo a los profetas cristianos que se han mantenido fieles al Cordero degollado y no se han dejado seducir por los falsos profetas. Éstos espiritualizan indebidamente el mensaje cristiano, quitándole su mordiente y su denuncia de la injusticia. O bien convierten en ídolo un sistema

neoliberalista que no es capaz de crear un mundo en el que todas las personas puedan vivir humana y dignamente. Se ignora a las innumerables víctimas del sistema que produce el imperio de turno. Y se utiliza la propaganda, en manos de los poderes establecidos, para engañar a la gente y mantenerla alienada.

Esto vale también, evidentemente, para las interpretaciones *light* del compromiso cristiano que predicán un cielo que no baja a esta tierra y que, por tanto, no exige de nosotros un compromiso a favor del reinado de Dios, una opción por los pobres y excluidos del sistema. Pues estos espiritualismos desfiguran el rostro de Cristo, el Cordero degollado, asesinado por no haber aceptado los valores del imperio y por haber puesto el bien de todos los seres humanos, empezando por los que tienen una vida amenazada en un mundo injusto, como criterio último y decisivo que permita conocer cuál es la voluntad concreta de Dios para sus Iglesias (Mc 3,1-6).

Si Juan se dirigiera hoy directamente a nuestras Iglesias, volvería a hacerlo como lo hizo en el Ap. Muchos cristianos seguimos doblando la rodilla ante “la bestia”, indiferentes al dolor y al grito de los pobres y, de modo especial, al clamor de todos aquellos que han dado su vida, con generosidad, por fidelidad al Cordero degollado.

Pero vería también los miles de mártires que, con monseñor Romero a la cabeza²¹, han sido asesinados por el impe-

rio y sus lacayos, simplemente por haber sido fieles al proyecto de Jesús y haber sido profetas en medio de un mundo que no pudo soportar sus voces.

Pero, a la vez, en un mundo amenazado de desesperanza, como ocurría ya en tiempo del Ap, Juan volvería a escribir un *mensaje de esperanza* que fundamentara profundamente la resistencia y la esperanza de las comunidades cristianas. Como dijo muy bien E. Bloch, «el hombre no vive sólo de pan; vive de pan y de utopía». Es lo que nos recuerdan los evangelios que quieren ser una «buena noticia eterna» (14,6) para los que «tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5,6). Hoy, más que nunca, estamos necesitados de la utopía cristiana que en Jesús se hizo “topía”, realidad *aquí*, en nuestro mundo. Es lo que confiesa con fuerza el Ap. Y lo necesitamos para que no nos dejemos engañar por la falsa propaganda y la manipulación del imperio que domina nuestro mundo. Y sigamos luchando por un mundo universalmente solidario y fraternal.

Y una última reflexión. Hoy, por lo menos para los creyentes, sigue siendo verdad la promesa de Jesús con que concluye el Apocalipsis: «Sí, pronto vendré» (22,20a). Por eso nosotros, con los empobrecidos de la tierra que creen en Jesús, nos atrevemos a decir también: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (22,20b). Ven, Salvador, ven sin tardar, cantan hoy con esperanza muchas comunidades cristianas.

1. Ver Jn 1,10-14; 3,33-36; 5,24ss; Heb 4,12.
2. Is 34,4; 2,10.18.19; Joel 2,11; 3,4; ver Mc 13,24-25.
3. El primer mártir cristiano, pues la palabra griega para testigo es "mártir".
4. Ap 1,8; 4,8; 11,17; 16,7.14; 19,15; 21,22.
5. Este es no es un motivo exclusivo de Ap sino muy frecuente en los escritos tardíos del Nuevo Testamento (Hebreos 10,19ss; 1ª Pedro 1,3ss; 4,12ss).
6. Una alusión clara a la vocación profética de Ezequiel: ver Ez 3,3.14; 2,8-10.
7. Esto puede verse en el hecho de que se afirma de ellos, por un lado, que "tienen poder de cerrar el cielo para que no caiga la lluvia" (2Re 1,17) y, por otro, que tienen poder para desencadenar las plagas (Ex 7,17; 11,10) sobre el mundo que no se convierte y les persigue (Ap 11,6).
8. Ap 10,1-11,14 está situado antes de Ap 11,15ª.
9. Ver Ap 11,19 donde se revela que en el Santuario aparece el Arca de la Alianza. (Cf ; Ex 19-24).
10. Sólo en un sentido secundario, en cuanto María puede ser considerada como la madre de la Iglesia y símbolo de ella, puede la mujer ser considerada como María, aunque el autor del Ap no pensaría probablemente en ella.
11. En Ap 12,9 se la identifica explícitamente con Satanás, que simboliza el mal que domina la tierra.
12. Una imagen que encontramos también en Lc 9,18 y Jn 12,31-32.
13. Ver Ap 12,13-16 con Ex 19,4 y 14,27ss.
14. Por eso en Ap 13,2 se le aplica la descripción de los imperios enemigos del pueblo de Israel, que aparecen en Daniel 7,4-6.
15. Como la CNN hoy.
16. Is 51,17.22; Jr 25,15-17; Ez 23,32-34.
17. El modelo de la lamentación del Ap 18 es Ez 27-28, a propósito de Tiro.
18. Véase la utilización de Is 6,9 en Mc 4,12s.
19. En relación con la exaltación de Jesús y con la derrota definitiva del mal que se narra en la 5ª visión: Ap 20,4-10.
20. Ver 4Esdras 7,28s; 2Baruc 29,1ss.
21. En el 2010 se conmemorará el 30 aniversario de su martirio.